

Compañían esta compañía Sir Tomás Libdell (después Lord Ravensworth), el conde de Strathmore y el señor Stuart Wortley (después Lord Wharnccliffe) arrendatarios de las minas de Killingworth. Informados de las buenas disposiciones de Stephenson, de su incansable amor á la mecánica y de lo hábil que se había mostrado en la recomposición de las bombas de vapor, accedieron gustosos á las indicaciones de su representante; y como veremos más adelante, continuaron favoreciéndole con pruebas de consideración afectuosa y constante.

CAPÍTULO IV

Los Stephenson en Killingworth. — Educación de padre é hijo por el propio esfuerzo.

Jorge Stephenson durante varios años se ocupó con ahinco en la obra de su mejoramiento personal, recogiendo el esperado fruto en el aumento de sus facultades mentales, capacidad y destreza. El éxito que cada uno obtiene en la empresa á que se dedica, estriba quizá en el amor y entusiasmo con que la emprende, cosa que le permite aprovechar cuantas circunstancias se le presenten en su favor. Stephenson fué un vivo ejemplo de lo que importa cultivar estas disposiciones. Jorge no desperdiciaba momento libre para aumentar sus recursos pecuniarios ó intelectuales y aprovechaba todas las ocasiones para extender sus observaciones, especialmente en el ramo del trabajo á que estaba dedicado, mostrando gran interés por toda mejora y procurando sacar de sus conocimientos un resultado práctico.

Movido por sus aficiones continuó los intentos para descubrir el misterio del movimiento continuo y construyó varias máquinas modelo, con objeto de dar á sus ideas un carácter eminentemente práctico. Más tarde se lamentaba con frecuencia del tiempo que perdió en tan inútiles esfuerzos, dicen-

do que si hubiera podido disfrutar de las oportunidades que actualmente tienen la mayoría de los jóvenes de aprender en los libros los resultados obtenidos por los experimentadores, que les precedieron, hubiera podido evitarse mucho trabajo y mortificación. Como desconocía lo que otros mecánicos habían hecho en tal sentido, trató de abrirse camino persiguiendo una idea que había surgido espontáneamente en su imaginación, producto de sus meditaciones y estudio, y al tratar de darle forma definida, se encontraba con la dolorosa sorpresa de que su pretendido invento era conocido y los libros de ciencia lo describían con toda clase de detalles, cosa que le sucedió más de una vez. De todos modos la lucha misma que tuvo que sostener, para vencer las dificultades que se le presentaban a cada paso era un medio educativo de primer orden : en la lucha fortalecía su juicio y aguzaba la destreza, estimulando y cultivando sus facultades, tanto inventivas como de progreso mecánico. Como ante todo era sincero y leal se veía inclinado á considerar el asunto de su especial investigación bajo todos sus aspectos ; de este modo adquiría gradualmente una aptitud práctica nacida precisamente de sus esfuerzos para resolver lo insoluble.

Pasaba buen número de veladas en compañía de Juan Wingham, cuyo padre ocupaba la granja Glebe en Benton, situada á poca distancia. Wingham escribía correctamente y estaba versado en aritmética, siendo una de las principales causas de que Stephenson frecuentara su trato, el deseo que tenía de mejorar sus conocimientos en ambas

materias. Mientras estudió con Andrés Robertson, nunca logró dominar por completo la regla de tres, pero al lado de Wingham progresó de modo notable en aritmética.

Stephenson cuando iba á ver á su amigo y maestro, por lo general llevaba consigo la pizarra y Wingham le planteaba en ella las cuentas que debía ajustar el día siguiente, en tanto cuidaba de la máquina. Cuando otro trabajo le impedía hacerlo personalmente, enviaba la pizarra con un compañero, para que le corrigiera el problema y le indicara nuevas operaciones. En ocasiones, aprovechando los momentos de descanso, hacía cuentas trazando los números con tiza en los costados de los vagones de carbón. Tanta paciencia y perseverancia no podían por menos de triunfar al fin, y gracias a la práctica y al estudio, consiguió Stephenson dominar las reglas de aritmética.

Juan Wingham era un buen polemista y se expresaba con facilidad ; había leído bastante relativamente á la cultura rural de aquella época, y además tenía ideas y pensamientos originales, así es que fué de gran utilidad á su discípulo. Aunque el caudal de sus conocimientos no era considerable, comparado con el de entendimientos más cultos, una buena parte de él era desconocido de Stephenson, quien lo tenía por un hombre muy ilustrado y extraordinario. También le enseñó á levantar planos y secciones ; pero en este ramo el discípulo mostró tales aptitudes, que muy pronto aventajó al maestro.

Un volumen de las « Conferencias de Ferguson, sobre mecánica », fué de gran utilidad para ambos.

Un individuo que los conoció y recordaba las instructivas veladas, dice que se maravillaba de ver los medios extraños de que se valían para pesar el aire y el agua. Para hallar el peso específico de los cuerpos se valían de instrumentos y aparatos mecánicos rudimentarios y primitivos. Stephenson era el encargado de construir los aparatos, que Wingham se encargaba de comprobar.

Stephenson, merced á la oportunidad que así se presentaba de cultivar su inteligencia tratando á una persona más ilustrada que él, realizó notables progresos, y en el transcurso de su vida, recordó, agradecido, la ayuda que cuando no era más que un simple trabajador, recibió de su amigo.

No es pues extraño que al utilizar de ese modo los momentos que le dejaba libre su ocupación, sus costumbres continuaron siendo irreprochables: sin ser partidario de la abstinencia absoluta, era por sistema inclinado á la templanza. Se refiere, que invitado por el representante de la Compañía, — y ya se sabe lo difícil que es á un obrero resistir á estas muestras de deferencia, cuando parten de su principal — se vió obligado en dos ó tres ocasiones á tomar con él un vaso de cerveza, cerca de mediodía, en la taberna del pueblo. Pero un día, á la misma hora, cuando el señor Dodds había llegado con él hasta la puerta de la taberna, al invitarle, como otras veces, á que entrara, Stephenson se paró en firme y dijo resueltamente:

« No, señor; dispéñeme, he tomado la determinación de no beber más á esta hora », y se retiró. Estaba empeñado en mantener su prestigio de trabajador sobrio y formal, porque el ejemplo que

le daban algunos de sus compañeros, desmoralizados completamente á causa de la intemperancia, le servía siempre de lección.

Obedecía, además, á otra consideración que igualmente empezaba á ejercer una importante influencia en su carácter; y era la de atender á la educación y cultura de su hijo Roberto, convertido ya en un muchacho activo é inteligente, que prometía ser lo mismo que su padre. Cuando era pequeño, y alcanzaba apenas á colocar la tapa de un reloj puesto sobre la mesa, su padre le hacía subir sobre una silla para realizarlo; y en todas ocasiones « el ayudar á su padre » era para él la ocupación más agradable. Cuando se montó la pequeña bomba de vapor en la cantera de ocre, para desaguarla, Roberto casi se pasaba la vida junto á ella vigilándola muy atentamente cuando trabajaba, y manifestando su disgusto al ver cómo el fuego quemaba los emparrillados del hogar. El fogonero, era un majadero de los que se la echan de graciosos, y pretendiendo embromar al muchacho, le dijo: « esas barras se están echando á perder, Roberto, me parece que haríamos bien en cortar otras de madera dura y colocarlas en su lugar ». ¿ De qué serviría eso, simple, ? respondió el niño con viveza. « En cuanto las pusiéramos se quemarían en seguida. »

Cuando la edad de Roberto lo permitió, su padre lo mandó inmediatamente á la escuela próxima de Long-Benton, dirigida por Rutter, el escribiente parroquial: pero la educación que éste daba, era por demás rudimentaria, limitándose, por decirlo así, á las primeras letras. Mientras trabajaba de

guardafreno en la boca del pozo, en Killingworth, el padre le había referido con frecuencia los obstáculos que él mismo había encontrado en su carrera por su falta de instrucción, por lo que se había propuesto firmemente no economizar trabajo, molestia ó sacrificio alguno, á fin de proporcionar á su hijo la mejor educación que le permitieran los recursos con que contaba, que por cierto eran relativamente pequeños en aquella época. Seguía manteniendo á sus padres enfermos, y el precio de la vida continuaba siendo excesivo.

En vista de ello recurrió de nuevo á utilizar sus horas libres de la noche, ó las de la guardia, cuando ésta era nocturna, dedicándose, como en épocas anteriores á componer y hacer calzado, limpiar relojes de pared y bolsillo, y á otras ocupaciones variadas. Empleando sus mismas palabras, copiamos lo siguiente : « En el primer período de mi vida, cuando Roberto era todavía un niño, comprendí lo deficiente de mi educación, é hice el propósito de evitar que á él le sucediera lo mismo, procurando ponerlo en un buen colegio y darle una educación esmerada. Pero como yo era pobre, ¿ qué creéis que hice ? Por la noche me dediqué á arreglar y componer los relojes de mis vecinos, y de ese modo me procuré los medios para educar á mi hijo »

Stephenson gracias á este recurso, consiguió reunir cien libras esterlinas, que acumuló en *guineas*, que poco á poco fué vendiendo á los judíos, que recorrían el país comprando monedas de oro, al precio de veintiséis chelines cada una, colocando el capital de manera que ganara algún interés.

Vemos pues que ya no podía considerársele como un pobre en el sentido absoluto de la palabra.

Además al ser nombrado inspector de máquinas en la mina, mejoró su posición, como es consiguiente, y firme en su propósito respecto á la educación del niño, mandó á Roberto al colegio del señor Bruse en Newcastle, en el verano de 1815, cuando tenía unos doce años. Su padre le compró un borrico en que pudiera ir y volver de la ciudad diariamente ; y muchas personas recordaban haber visto á la criatura, vestido con el traje de tela gris, cortado por su propio padre, montado en el animalito, con la fiamblera de provisiones para el día y la cartera de libros á guisa de mochila.

Roberto al ingresar en la escuela del señor Bruse era huraño y esquivo, y como hablaba el dialecto de los mineros, los otros muchachos solían algunas veces provocarlo, á fin de hacerle hablar en su raro lenguaje. Cuando el trato fué borrando aquellas cualidades, su carácter alegre pudo mostrarse francamente, permitiéndole alternar con los demás niños.

Roberto era un estudiante diligente y aplicado. El maestro acostumbraba á presentarlo como modelo á los discípulos torpes y perezosos. De todos modos sus adelantos, aunque satisfactorios, no fueron extraordinarios ni mucho menos. Roberto, ya mayor, se envanecía de los progresos que había hecho en aritmética, á pesar de que otro niño, llamado Juan Taylo, lo aventajó en esta materia. En matemáticas también adelantó mucho ; y en una carta escrita muchos años después al hijo de

su profesor, le decía : « Al ingenio y métodos empleados por el señor Bruse para desarrollar la inteligencia, es á lo que principalmente atribuyo mis éxitos obtenidos en calidad de ingeniero y á ellos debo mi inclinación á los estudios matemáticos, y la facilidad que poseo de aplicar esta clase de conocimiento á un fin práctico, modificándolo según las circunstancias. »

Durante el tiempo que Roberto concurrió á dicho colegio, su padre procuró también aprovechar personalmente la instrucción del niño. Este acostumbraba á pasar alguna de sus horas libres en los salones del Instituto Literario y Filosófico ; y al volver de noche á casa confiaba á su padre las impresiones que le había sugerido la lectura. Algunas veces se le permitía llevar consigo á Killingworth, un volumen del « Repertorio de Artes y Ciencias », que padre é hijo estudiaban juntos ; pero como la mayor parte de las obras más importantes, de la biblioteca de Newcastle, no podían salir del local en virtud del reglamento el joven se encargaba de leerlas y estudiarlas, llevando después á su casa descripciones y dibujos que sirvieran de información á su padre.

Gracias á ello Roberto adquirió mucha práctica y habilidad en dar explicaciones de planos y dibujos, sin referirse en lo más mínimo á la parte escrita : Stephenson acostumbraba á decir á su hijo : un buen dibujo o plano debe explicarse siempre por sí mismo ; « y colocando un dibujo de una máquina ó aparato ante el joven, solía agregar : « ahí lo tienes ; descríbeme esto ; tanto la disposición de los elementos, como el funcionamiento. »

De esta manera le enseñó á leer tan fácilmente un dibujo, como lo hubiera hecho con la página de un libro.

Padre é hijo se aprovecharon tanto de esta excelente práctica, que poco después les permitió aprender con la mayor facilidad, los detalles de los dibujos de mecánica. Durante las clases nocturnas de Roberto, su padre generalmente se ocupaba en la limpieza de los relojes, en construir modelos de bombas de vapor, ó en enforzarse en dar forma tangible á los inventos mecánicos que encontraba descritos en los raros volúmenes que tratando de esta materia caían en sus manos. Este diario e incesante ejemplo de ingenio y aplicación industriosa ofrecido á la vista del niño por la persona misma de su querido y amoroso padre, se imprimió tan profundamente en su cerebro, que jamás llegó á borrarse.

En su espíritu nació y se arraigó una inclinación á mejorarse por sí mismo, que continuó influyendo en su carácter en el transcurso de su existencia ; y cuando ésta se acercaba á su ocaso, confesaba con orgullo, que si su éxito profesional había sido grande, era debido en gran parte al ejemplo y á la enseñanza que había recibido de su padre.

Roberto, sin embargo no se mostraba exclusivamente inclinado al estudio, sino que, como la mayoría de los muchachos, lleno de juveniles alegrías, tenía afición á las bromas y juegos y algunas veces á las travesuras. El doctor Bruse refiere que al preguntarle Roberto á un viejo trabajador, en una de sus últimas visitas á Newcastle, si se acordaba de él, aquel respondió con emoción : « ¡ ya lo